

Reflexión

Hoy celebramos la solemnidad de San José en medio de nuestro itinerario cuaresmal. El evangelio nos lo presenta con una sencillez desconcertante: **«José, el esposo de María, de la cual nació Jesús»**. Nada más. Nada menos. Una presencia necesaria, imprescindible. Una presencia que es, en sí, la posibilidad de que el misterio de la Salvación llegue a todos, sea para todos.

José hace posible la fraternidad, porque la esencia de la misma es permitir que los demás sean. Encarna el ejemplo más claro, a penas una mención, mientras posibilita que Jesús crezca, camine, proyecte y sirva. Es, en verdad, como nos recordó el papa Francisco un «padre en la ternura» porque esa gracia es la que puede liberar a nuestra humanidad de las esclavitudes que la impiden presentarse como fraterna y reconciliada. La ternura es dinamizadora y nos da una visión responsable de la vida de las personas que conduce al compromiso para que cada quien pueda desarrollar lo mejor al servicio de los demás. La fraternidad es posible, necesita personas que como José, comprometan su vida para ser un «relato silencioso de una vida gastada por amor» (Rino Cozza).

Oración:

Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.
Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.
(Papa Francisco, *Patris Corde*)



Foto: Catholic.com